

FELICITACION NAVIDEÑA AL SR. OBISPO

Plasencia, 20 de diciembre de 2019

Sr. Obispo

Sr. Obispo emérito

Sres. Vicarios episcopales y demás sacerdotes

Religiosas y religiosos

Representantes de instituciones y asociaciones diocesanas

Miembros de la Curia

Niños y niñas del Coro

Amigas y amigos todos:

Me cabe el honor de tener la palabra en este momento para expresar al Sr. Obispo la felicitación con motivo de la Navidad, ya inminente, cuando la oración de la iglesia se hace particularmente insistente, como, por ejemplo, ayer en la oración de Vísperas: “Oh renuevo del tronco de Jesé, que te alzas como un signo para los pueblos, ante quien los reyes enmudecen y cuyo auxilio imploran las naciones, ven a libranos, no tardes más”. “No tardes más”, dice el corazón creyente, mezcla de intrepidez y de intensa esperanza.

Al preparar esta intervención, me pareció que tenía que responder a una triple pregunta:

- a. Quiénes estamos aquí
- b. Ante quién estamos aquí
- c. Para qué estamos aquí

A.- Quiénes estamos aquí

Había una vieja tradición según la cual el Cabildo Catedral, revestido para la ocasión con sus coloridos trajes corales, venía de forma oficial a hacer al Sr. Obispo de la diócesis su felicitación navideña. Luego, a los canónigos se sumaron los sacerdotes de la ciudad, luego la Curia diocesana y así sucesivamente hasta el presente, en el que nos juntamos unas decenas de personas que, en realidad, representamos a toda la iglesia diocesana. Sería bueno tomar conciencia de esta representación para hacer resonar *hic et nunc* la algarabía de los niños, la ilusión y energía de los jóvenes, la responsabilidad de los padres, la sabiduría de los ancianos, el llanto de los pobres, pues esta es la Casa del Obispo y, en consecuencia, aquí hay siempre un sitio para los diocesanos, recordando la vieja letra de *El diluvio que viene*: “Un nuevo sitio disponed para un amigo más”.

Estamos aquí con conciencia de familia, contentos de nuestra pertenencia a la iglesia de Plasencia, ocho veces centenaria, que desde sus orígenes se extendió desde las tierras de Béjar a las recién conquistadas de Medellín. Una diócesis que tiene su territorio en tres provincias y en dos comunidades autónomas, con toda la riqueza humana y cultural e incluso espiritual que eso comporta. Una diócesis que para vivir necesita respirar con aire extremeño y también bejarano, sin que esta doble pertenencia nos cree ninguna tensión sino, más bien al contrario,

nos haga vivir el gozo de una fe, como la cristiana, que lleva en su identidad la búsqueda de la unidad asumiendo la diversidad.

Nos sentimos hijos de esta iglesia, en la que la autoridad apostólica se ha visibilizado en algunas decenas de hombres, guerreros y cortesanos aquellos primeros y casi míticos Don Bricio, Don Domingo y Don Adán; después de aquellos los hubo mecenas de las artes y las letras; otros han sido campeones de la caridad o de otras virtudes... Y junto a los pastores, millones de hombres y mujeres que tuvieron en la fe cristiana el norte de una existencia vivida en el Espíritu, en una fidelidad tan grande que algunos de ellos coronaron su vida con la entrega de su propia sangre.

Te saludamos con afecto, con respeto e inmensa gratitud, Iglesia de Plasencia. En tu seno nacimos a la fe en Jesús y en tu regazo hemos crecido. Te queremos, porque tú eres nuestra madre.

B.- Ante quién estamos aquí

Aquí estamos *coram episcopo*, es decir, frente al obispo. Si es posible, con la misma conciencia que de él tenemos cuando, en la misa, le recordamos, junto al papa, con su nombre propio: “con el papa Francisco, con nuestros obispo José Luis”.

No estamos aquí porque este buen Don José Luis sea cercano, sencillo, entrañable, que todo eso, y mucho más, puede decirse y se dice de él. Pero de un obispo que no fuera así, haríamos igual memoria en la Santa Misa y le llamaríamos por su nombre.

Y es que el obispo es “el principio y fundamento visible de la unidad” (LG 23). Es principio de comunión. Por eso, exhortó el Concilio que “los fieles deben estar unidos a su Obispo como la Iglesia lo está respecto de Cristo y como Cristo lo está con el Padre, para que todas las cosas se armonicen en la unidad” (LG 27).

Para definir la relación del obispo con su iglesia, sigue siendo muy iluminadora aquella frase de San Agustín: “con vosotros soy cristiano, para vosotros soy obispo”. La preposición “con” señala un elemento de simetría, de igualdad, de fraternidad. La preposición “para” señala la asimetría, en cuanto que él tiene una función única y primordial en el orden del servicio y de la caridad.

Este último aspecto requiera quizás una explicación, ya que en la mentalidad de hoy el elemento de “autoridad paterna” suele crear desconfianza, sobre todo porque, de fondo, en la cultura moderna, a partir de la Ilustración, con los filósofos de la sospecha se ha producido lo que algunos han llamado “la muerte del padre”. En Marx es la muerte del patrón, en Feuerbach es la muerte de la religión. En el mismo sentido se entiende este grito de Nietzsche: “¡Dios ha muerto! ¡Dios sigue muerto! ¡Y nosotros lo hemos matado!” Y para rematar el de Freud: “Los seres humanos han sabido siempre, de aquella particular manera, que antaño poseyeron un padre primordial y lo mataron”.

El drama del humanismo ateo es que, en realidad, con la muerte del padre se llega a una situación de orfandad que tiene como consecuencia que sin padre dejamos de ser hermanos.

Dicho del obispo, su paternidad no anula la fraternidad, al contrario, la estimula y la potencia. Y todo eso sin que él mismo deje de ser hermano.

Así estamos ante usted, querido Don José Luis, con confianza, con cariño, con fraternidad (“hermano José Luis”) y, al mismo tiempo, con respeto y reverencia a su persona y a su ministerio (“padre José Luis”).

C.- Para qué estamos aquí

Para felicitarle las próximas fiestas navideñas con unos deseos muy concretos, que me atrevo a resumir con dos palabras que nos consta que para usted significan mucho, tanto que ha hecho de ellas un programa de su ministerio. La primera palabra es *fiat*. La segunda palabra es *fecit*. *Fiat et fecit* es el lema de su escudo episcopal.

Fiat remite a María, que dijo: “Hágase (*fiat*) en mí según tu palabra”. Fecit remite a José, quien, según el texto sagrado, “hizo (*fecit*) lo que le había mandado el ángel”.

Déjeme decírselo de esta manera: con este lema usted se ha metido en el portal. Nos gusta verle ahí, en tan buena compañía, en la mejor compañía. Nos gusta saber que nuestro obispo está en el portal porque quiere ser como María y como José.

Como María para acoger la gracia y hacerse un humilde instrumento. Como José para trabajar con ilusión y determinación. Tiene usted por delante una gran misión. Ánimo, sin miedo, como le dijo alguien al comienzo de su ministerio, “con parresía”, con valentía.

Y ya que le hemos metido a usted en el portal, si se me permite, aunque suene a broma, pero no lo es, aprenda también de la mula y del buey, de los cuales, como recordara Benedicto XVI en su obra Jesús de Nazaret, dice Isaías que “el buey conoce a su amo y la mula el pesebre de su dueño”.

Acabamos de completar la escena. El niño, María, José, el buey, la mula... y el obispo Retana.

Nada más.

Feliz Navidad, Sr. Obispo.

Feliz Navidad, amigos todos.

“Puer natus est nobis, venite, adoremus”.

Jacinto Núñez Regodón

Vicario General y Moderador de Curia